

El transfuguismo amoroso de John Stuart Mill

(...) el filósofo siente horror del matrimonio y de todo aquello que pudiera persuadirle a contraerlo, el matrimonio como obstáculo y fatalidad en su camino hacia el *optimum*.

F. Nietzsche, *La genealogía de la moral* (1887)

La vida de los filósofos ha de ser más ejemplar que la de los santos. O, al menos, más estimulante. Lograrlo con filosofías paganas, requiere dedicación exclusiva y entender la propia lectura y escritura como una fecundación que no admite ni suegros ni tardes de compras. Nietzsche comprendió que la filosofía era incompatible con el matrimonio y a la larga lista de solteros de excelente pensamiento añadió a Sócrates, casado, tan sólo, para demostrar la fuerte incongruencia filosófica del casorio. Estoy convencido de que los dandis, los detectives privados y los filósofos deben hacer de la soledad activa un sacramento laico. Recorrer los escaparates sin comprar nada para casa y retornar fascinado a los Pasajes, comprender la lógica del asesino con los argumentos del delincuente y desentrañar el sinsentido de la vida requiere de fuertes espaldas más que de la tentación dominical de felicidad. ¿Cómo entender, dentro del redil doméstico, que no hay ninguna lúcida razón para obviar el drama diario y que, a su vez, debemos perseverar en la alegría? Es literalmente imposible. Ni el sufrimiento de los lúcidos, ni la alegría de los hiperbólicos se solventa con una compañía juramentada ante cualquier autoridad. Dotados de nervios de acero o de un corazón esponjado en lágrimas, ni Baudelaire ni Van Gogh pasaron de los amoríos desgarradores con una mulata ni de las visitas episódicas con Gauguin a las casas de citas. El loco del pelo rojo le reprochaba a Theo, su hermano, haber creado carne, un hijo, más allá del gran lienzo del mundo donde cupiéramos todos. Sin duda, el creador, que no suele darse casi nunca, requiere aplicarse sobre sí mismo una regla monástica sin coros.

Lo peor de los argumentos es que no hay uno sin excepción. Un gran admirador de la excelencia de Sócrates como John Stuart Mill emprendió una vida sentimental que es transfuguismo puro desde el celibato filosófico a la quimera feliz del matrimonio. Con la señora Harriet Taylor convencionalmente casada, el filósofo inglés parece haber seguido el consejo epicúreo de no enamorarse y tener amigas filósofas con las que hacer el amor. Así pudo ser, pues el Sr. Taylor aceptó una amistad de su señora con el filósofo mucho más íntima y absorbente que el trato carnal extramatrimonial, que no debió existir antes de su fallecimiento. La formación intelectual de Mill le justificaba la libertad sexual en los amplios límites de la amistad entre hombre y mujer. El epicureísmo es el mejor mimbres del utilitarismo. Mill conocía de su hedonismo y mantuvo una media distancia con el principio de felicidad general, tan dado en su propia familia natural. En el jardín epicúreo se defendía, como ninguna escuela antigua, que caben las mujeres filósofas en el apacible medio natural regado a tal efecto. Después de todo, Mill reivindica la democracia pagana de Pericles y no la Inglaterra victoriana del siglo XIX, de la que escapó de viaje siempre que pudo. John Stuart

y Harriet pudieron permitirse las caricias griegas sin licencia como prueba de que el maestro había enseñado a la discípula y que ésta disfrutaba porque había comprendido. Pero nada apunta, sin embargo, a que ambos desearan tener una estricta amistad filosófica. Es decir, una amistad entre adultos que se profesan unos afectos nada menos que con palabras y lecho. No se lo permitieron solteros y además se casaron a pesar del ambiente hostil de los Mill. Soportaron una paranoia permanente en torno a qué podían contar sobre lo que pasaba dentro de casa sin que cayera en bocas enemigas. Es demasiado decepcionante. Compensa algo, después de todo, el trasfuguismo de Mill del Partido Hedonista y Doloroso al Grupo Mixto con Señora que hiciera de su capa un sayo y desoyera a la madriguera familiar con su matrimonio.

Las consecuencias del idilio nos atañen porque desborda el marco íntimo. Mill pasó de postular la experimentación antigua, intempestiva a toda época, a defender la causa del socialismo y del feminismo. Hay que ser muy antiguo para predicar, antes de esta transformación, el “voto plural” que ponderaba siete a uno los votos entre aquellos más nobles o preparados y quienes sólo contaban con su fuerza de trabajo. Hay que ser excesivamente griego, incluso, para considerar carentes de toda madurez política a los indios, mero objeto de tutela política. Pero puede ser demasiado bienintencionado y alternativo ceder los derechos de autor a la causa del proletariado. Este hombre no tenía punto medio y a la Sra. Mill se debe buena parte de su transfuguismo intelectual.

Existe en Mill un naturalismo pagano tan cercano a *La inteligencia de las flores* de Maurice Maeterlinck que mal le cuadra darse una forma familiar “hasta que la muerte nos separe”. Defender al estrafalario, al excéntrico, como “planta rara”, que debe ser cultivada porque evita que perezca la humanidad por la excesiva unanimidad del mundo, mal congenia con echarle el lazo familiar. Frente a un poder social todavía más constrictivo que el poder político, al disidente liberal le concierne como al dandi jugar en los límites del lenguaje de su época. No romper con sus conciudadanos sino practicar una suerte de ironía que da un significado distinto a las palabras que emplea su comunidad de hablantes. El apóstata liberal, como el dandi, debe acudir a los salones pero para jugar en los bordes del lenguaje. El disidente que propugnaba Mill –después de todo, algo más prudente que el nietzscheano que exclama «no soy un hombre, soy dinamita»– debe encontrarse con otros de su misma calaña en el límite del lenguaje, donde se producen los mayores desafíos a las convenciones sociales y las más soberbias explosiones. Su guarida no se halla ni en el afuera del lenguaje donde el excéntrico, por marginal, pierde fuerza, ni en el adentro del discurso donde está ya metabolizado. Así de difícil es su lugar en este mundo y nada tiene que ver con la vida familiar. Más que diferenciar como esferas distintas la imagen pública del personaje de la presencia privada del hombre particular, liberales como Mill o Tocqueville deseaban la virilidad de los hombres antiguos con virtudes fuertes que proyectaban en todas las esferas. No eran caballeros antiguos de la autonomía que reservan el dominio artístico de uno mismo a la esfera personal y contribuyen a la democracia desde unas medidas convencionales y asumidas por sus conciudadanos. Eran inconmensurables y monstruosos porque se mostraban a diestro y siniestro. Tenían conciencia de la importancia del radicalismo de la libertad antigua que encerraban en su ser. Sabían que eran los últimos entre los mejores en un mundo emergente que iba a entronizar la *mediocritas*.

Si Mill admiraba a Maquiavelo es porque le parecía perfecto hasta en el ejercicio de la infamia en beneficio de la república y no porque les pidiera telas inencontrables en Florencia a sus amigos que partían en viaje diplomático para su mujer.

El mismo Sócrates que le sirve a su padre, James Mill, para inculcarle una moral inflexible, le puso al hijo en la pista de la incongruencia del utilitarismo paterno con algún ideal de excelencia moral: ¿cómo perseguir el desarrollo virtuoso incesante y supeditar los criterios del mejor gobierno al bienestar de la masa? Era el gusto de Sócrates y no el confort del mayor número lo que podía determinar, según Mill, el deseable menor bienestar de mayor calidad. No es lo mismo procurar la felicidad con vertiginosos partidos de criquet que con la lectura de Wordsworth. Pero a pesar de la admiración de Mill por los antiguos, en algún momento, la rectitud helénica –tan propia de la varonil soltería nietzscheniana– le debió parecer excesiva inculcación moral en cápsulas paternales contra cualquier demostración de emociones. Su padre le dejó ahito de lecturas grecorromanas desde los tres años y será su mujer la que tendrá que abrirle todos sus poros a un horizonte social de problemas. Sin embargo, Mill nunca dejó de condolerse con el sufrimiento de sus contemporáneos y se extrañó del entusiasmo juvenil de los reformadores convencidos, auténticos mozalbetes de más de ochenta años como Jeremy Bentham. Menos fresco, ingenuo y vivo que la primera línea del reformismo utilitarista de Bentham y Mill el Viejo, Mill el Joven ofrece una visión más dramática, compungida y compasiva con su época. Quizás sólo quepa matar a estos padres tan ensimismados en su función reformadora con el transfuguismo hacia una mujer conmovedora y de mucho carácter.

Después de todo, John Stuart Mill tuvo la mejor suerte con las mujeres: le acompañaron dos hasta su final. La pérdida de Harriet Taylor en 1858 se vio paliada en vida de Mill por la amistad con su hijastra Helen Taylor. Aunque decía haberse quedado sin motivo público y privado en la vida tras enviudar, Helen le acompañó no sólo en una aventura de representante en la Cámara de los Comunes durante tres años sino en una de las más fértiles etapas creativas que cabe apreciar si tan solo tomamos en consideración *Sobre la libertad* (1859) y *Del gobierno representativo* (1861). Sin Harriet Taylor, Mill volvió al celibato forzoso y no desperdició ocasión para mostrarse como uno de los últimos antiguos (antes de su disección conceptual por I. Berlin, auténtico taxidermista de la libertad milliana ya que la situó en la eternidad pero rígida y sin su movimiento pagano). ¿Quiénes se percataron mejor de adónde conduce su defensa de una libertad estafalaria? Más que nadie, fueron los helenistas de Oxford, convencidos solteros gays, quienes memorizaron la fuerza para dismantelar convenciones que Mill reunía. No era para menos porque, más allá de que las libertades sean clasificables en dos, para Mill hay tantos hombres singulares como hojas diferentes en un bosque. No en vano, se le recuerda a Mill fascinado hasta sus últimos días con la Naturaleza. Poco después de una caminata con el gran naturista Jean-Henri Casimir Fabre, Mill muere de tantas y tan violentas expectoraciones sufridas antes desde sus pulmones a su boca. Hasta su muerte, tuvo a bien prender nuevas plantas, recorrerlas con sus ojos extrañados y finalmente clasificarlas. Así de sorprendentes son –Leibniz, también, lo recordaba– los hombres autónomos, como múltiples plantas, en sociedad. Después de todo, en la exaltación de la legalidad solamente vio la sustitución secular de la idolatría del

ascetismo, debida al horror ante la sensualidad. A la afirmación, la actividad, la nobleza y la enérgica persecución del bien propia del paganismo, el cristianismo, en su opinión, opuso la negación, la renuncia, la inocencia, la abstinencia del mal. Pero Mill deseaba remontar el “no harás” cristiano por el “harás” de los miles de dioses del paganismo. Sabía que la autoridad temporal había sustituido a la autoridad espiritual en el control moderno mediante la legislación y la opinión pública.

El desacuerdo liberal con cualquier tutela familiar es profundo y antiguo. Hay una profunda virilidad en estos hombres. Tener vocación política significa haber sido “in-vocado”, llamado, en términos absolutos, por un dios entre miles, para dedicarse plenamente a la política. Algo que no puede compartirse con la familia. Pero, más profundamente, no cabe tutela alguna para un liberal como ellos. En unos comentarios al más conocido libro de su amigo Alexis de Tocqueville –otro mal casado que, con escándalo, no siguió las estrategias patrimoniales esperables por su clase y rango sino unas mucho más modestas–, Mill dice que el futuro democrático bajo el poder protector del Estado será propio del “despotismo chino” y la “pasividad asiática”. Aceptar cualquier tutela a la inalienable libertad podía ser peor, entonces, que dejarse coleta para que cualquiera le tirara de ella. Hay una naturaleza dinámica sin límite que, por griega, no se pliega a nada, salvo a la muerte, en el liberalismo de Mill. Por eso es un contrasentido que se diera una forma matrimonial. Mill sabía, sin duda, que los absolutismos han acudido a la metáfora familiar para expresar gráficamente qué debe ser una comunidad. Así el absolutismo de Jean Bodin al representar al Soberano como un gran Padre cuyos súbditos no pueden atentar contra su lazo sanguíneo ni de pensamiento porque incurrirían en el delito de *lexa majestatis*. Y es que casarse y ser filósofo es cómico, como Nietzsche pregonaba, pero ya tener hijos y educarlos en serio es, incluso, peor. Del poder paterno romano “de vida y muerte” y de *El Patriarca o del Poder Natural de los Reyes* de Robert Filmer, en este sentido, mejor no hablamos.

Mientras el absolutismo no deja de forjar su teoría en la familia, el liberalismo no cesa de desvincular la libertad y la fuente del poder político de cualquier referencia con la relación paterno-filial. Si, no obstante, tomamos a la familia a efectos políticos, Locke nos dice que no cabe pensar en un gobierno absoluto del padre porque el gobierno al padre y a la madre les corresponde por igual. Si cabe tutela paterna, nos advierte, apreciemos que sólo existe mientras el hombre es menor. Si debemos respeto eterno a los padres, consideremos que no obliga a acatar cualquier orden de los ancestros que no se adecúe al dictamen de nuestro raciocinio. Pero para el liberalismo es mejor, en todo caso, fundamentar el gobierno en la libertad que en la familia. Hasta considerar que nos declara un “estado de guerra” quien desee dominarnos absolutamente. Por ello, no me explico que un filósofo liberal tan auténtico como Mill se casase. El matrimonio es un equilibrio inestable de poderes que tiende a la dominación absoluta o se rompe. Parece ideado con el predicado de Goethe latente de «has nacido para ser yunque o martillo, elige». No me sirven las justificaciones neoliberales acerca de que la esfera pública y la esfera privada son distintas. Ni Mill, ni Tocqueville, tentados y cautivos finalmente del matrimonio, eran neoliberales sino profundamente republicanos y antiguos. Pese a su disculpable declinar, me quedo con que casarse es una forma poco recomendable de desentenderse, de despreocuparse de uno mismo, de entrar en un caos a

medias con la mujer o a varias bandas con la familia política. Casarse es incurrir en una suerte de *akracia*, una forma de renunciar al cuidado de sí, de perder un ritmo y de caer en el caos del fin de semana pero día tras día.

Lo más extraño del caso de Mill el Joven es que pudiera casarse sin dejar de ser un filósofo antiguo. De alguna forma, como Nietzsche, ni alemán ni inglés sino profundamente francés. Quizás se explique porque no puso remedio a su dolor con la boda y, más bien, sumó a sus pesares el sufrimiento de su imprescindible compañera. La rara transformación de Mill hacia empatías socialistas y feministas no se produjo en un estado de buena esperanza sino en la preocupación por unas expectoraciones, características de la tuberculosis de entonces, cada vez más inquietantes, y propicias para el convincente *dictum* «sufrir es crear conocimientos» de Cioran. Este matrimonio era tan peculiar que no cesó de discutir sobre quien tenía unos pulmones más alborotados. Así cabe casarse y no dejar de investigar, como si se tratase de un detective, la persecución familiar para evitar los maleficios alrededor de la posible felicidad con una casada, o no dejar de incidir, como un dandi, en los límites de la sociedad –y más allá de la Universidad– con una defensa a ultranza de la excentricidad. A muy pocos les es dado casarse y mantenerse en los “Socrati viri”: justicia, templanza, sinceridad, perseverancia, encaramiento del dolor, trabajo, respeto del bien común, estimación por los de mayor mérito,... A Mill le entusiasmaba *La vida de Turgot* de Condorcet porque tenía un carácter ejemplar que, página tras página, podía consultarse todos los días. La vida de un político y filósofo era allí immortalizada en sus pasajes memorables, y no en los ruines, para que pudiera ser memorizada, repetida, y con desencajes secretos y sutiles, imitada. Dudo que los matrimonios, aun entre pensadores, sean muy memorables; son más bien olvidables. Pero siempre, claro, las más interesantes vidas de filósofos son las que se nos presentan como tráfugas y rotundas excepciones.

Julián Sauquillo